

Recuperar la subjetividad

Escribe Sebastián Gris

Es todo un instructivo contraste el que se nos ofreció en las salas del Centro Cultural de la Municipalidad de Miraflores. Las muestras simultáneas de Jorge Deustua y Herman Schwarz plantean algunas disyuntivas importantes para la definición de la nueva fotografía peruana. El primero opta por ofrecernos una secuencia de "apuntes en movimiento": instantáneas más o menos felices de escenas captadas al paso durante un itinerario europeo. El producto es técnicamente logrado, pero casi enteramente adjetivo. Apela a cierta idea de lo inusual y divertido antes que a cualquier búsqueda genuina de sentido. Una mirada superficial, en suma, aunque con ocasionales aciertos: por ejemplo el agudo comentario a las paradojas de la reciente historia europea, contenido en la imagen de aquel inmigrante negro cuya silueta se superpone a la de Mussolini en un afiche fascista italiano.

Pero se trata de una pieza excepcional. Y ello tal vez se deba a la distancia cultural que separa al fotógrafo de su objeto. El desconocimiento, la indiferencia casi, frente a un mundo que permanece intocado, su cotidianidad reducida a vanas apariencias e ironías fáciles. La buena voluntad abunda y hay piezas de

interés pero el conjunto nos remite a esa idea de la fotografía que Ronald Barthes llama *unaria*: mero registro de una realidad exterior, escandalosa quizá, por momentos graciosa, pero rara vez desconcertante. Una imagen sin ambivalencias ni contradicciones, sin quiebres ni punciones.

La fotografía tiene otras posibilidades. Incluso la de trasgredir el marco estricto de las apariencias. Sin embargo él exige un *punto de vista* y no un simple encuadre. Una opinión, acaso un

compromiso. Al menos una inteligencia del fragmento de vida que la imagen aísla y fija. Y sobre todo la voluntad de no aceptar el mundo en su llana superficie.

Se trata de recuperar la subjetividad a través del más impersonal y mecánico de los medios. Que todo esto es factible lo demuestran los desgarradores retratos del pintor Víctor Humareda expuestos por Schwarz. Sin pretensión alguna de objetividad —¿qué objetividad cabe frente a quien hizo de su vida una trama de ficciones?— el fotógrafo registra los gestos y convulsiones de un personaje atrapado por su propia mitología. Pero no hay aquí complacencia frente a las poses ridículas que un medio frívolo celebró e impuso al artista. Con una extraña mezcla de fascinación y pena, Schwarz revela en ellas el perfil de una tragedia. La de esa obra que pudo haber establecido un nuevo sentido para nuestra imaginación pictórica, de no haber sido arrastrada hacia la cursilería por cierta leyenda rosa.

Es evidente que tras esa excepcional secuencia hay una relación personal e intensa. En otros casos la imagen pone de manifiesto una conciencia crítica del sujeto fotografiado. P.P. Kuczynski parece tan natural y espontáneo bajo una gigantesca bandera norteamericana. Alan García es captado en un gesto premonitorio que anunciaba ya, pocos días antes de la transmisión de mando, las intolerancias y exceso del individualismo mesiánico. Vargas Llosa se nos revela como un muchacho desconcertado, excepcionalmente libre de poses y falsas seguridades: no nos resulta difícil comprender

el que haya ingenuamente avalado un crimen tan evidente como el de Uchuraccay.

Pero Schwarz puede ser igualmente perceptivo en terrenos más sutiles: al registrar la socarronería audaz de Nicanor Parra, por ejemplo, o la fragilidad inmensa de E.A. Westphalen. También al momento de retratar una dignidad anónima, como aquel albañil que parece confrontar al fotógrafo, trasgresor de su intimidad.

Realidades dispares tratadas con criterio y sensibilidad ética. La mirada de Schwarz es no sólo aguda, sino también densa. Esto es lo que distancia a su propuesta del periodismo gráfico más convencional. Hasta el punto de suscitar incompreensión y rechazo, como lo demuestra una ininteligible burla publicada recientemente a raíz de algunas reflexiones del expositor.

Todavía no se quiere admitir entre nosotros que la fotografía es un producto cultural y como tal su valor e interés son rigurosamente históricos. Ante ella entra en crisis el discurso anacrónico de la universalidad del arte y el lenguaje visual. Es en su especificidad que la imagen cobra sentido. En el grado de interiorización y compromiso con la realidad interpretada. De allí el interés pasajero que nos suscitan las epidérmicas fotografías de Deustua, tan formalmente logradas. De allí también la duradera inquietud provocada por el trabajo de Schwarz: en él se perfilan no sólo un registro sino un comentario, una reflexión, un hastío. Un riesgo y un partido tomados.

